

dueños de la ciudad (1). Añadíanse á sus poderes administrativos y políticos amplios poderes judiciales. Eran elegidos entre los más ricos, y una vez que abandonaban su cargo, entraban para el resto de la vida á formar parte del Consejo del Areópago (2). Tampoco ignoramos que el Areópago, constituido de ese modo, era el Consejo supremo de la ciudad, que ejercía una especie de soberana censura sobre todos los ciudadanos y que era el que designaba á todos los magistrados, con inclusión de los arcontas (3).

Aristóteles, en su tratado de la *Constitución de Atenas*, declara que Dracón escribió la Constitución de aquel tiempo (hacia 640); pero el mismo Aristóteles, probablemente mejor informado, dice lo contrario en la *Política*. Es, por lo tanto, casi indudable que el texto de la Constitución que atribuye á Dracón en la primera obra fuese apócrifo. En suma, y aparte de las indicaciones que preceden, sabemos muy incompletamente cómo estaba constituida en detalle la organización del gobierno aristocrático.

Ni siquiera sabemos exactamente qué asambleas políticas existían al lado del Areópago. Es probable que no se hallase excluido completamente el conjunto de ciudadanos

(1) Tucídides I, 126.—Herodoto (V, 71) atribuye este papel á los pritanios de naucraxias. Volveremos pronto sobre eso.

(2) Aristóteles, *Const. At.*, 3, 5, 6, y 13, 2.

(3) Aristóteles, *Const. At.*, 8, 2.

de toda participación en el poder, toda vez que la existencia de las asambleas era una antigua tradición de la época real. Pero lo cierto es que la tal participación tenía que ser muy limitada en todos respectos, ya por la competencia, ya por el número de ciudadanos convocados para formar parte de la Asamblea. Según todos los testimonios relativos á este período de la historia de Atenas, se deduce la impresión de un régimen aristocrático muy cerrado, muy autoritario y, en resumen, muy duro.

Todo concurría, en efecto, en la administración del Ática á mantener la preponderancia de la aristocracia.

Los antiguos demos históricos, es decir, los antiguos burgos, anteriormente autónomos, subsistían como antes sin autonomía ya, pero conservando su fisonomía propia y sus tradiciones con sus grandes familias siempre preponderantes y la multitud de clientes ó pequeños propietarios que gravitaban alrededor suyo.

Cuando el *sinecisma* hubo reunido todos los demos en una sola ciudad, había sido necesario buscar una organización superior que los agrupase de una manera más armónica; se la encontró en la antigua institución de las tribus (*φυλαί*) que se remontaba á los orígenes de la raza y que pasaba por corresponder á una filiación general de todos los miembros de la tribu, filiación simbolizada por un culto común. Las ciudades jónicas se componían tradicionalmente de cuatro tri-

bus, mientras las dóricas sólo contaban tres, y cuando tuvieron cuatro, fué por excepción en virtud de circunstancias particulares.

Estas cuatro tribus jónicas se designaban con nombres bastantes oscuros que correspondían visiblemente á una antiquísima distinción de las castas; había la tribu de los terratenientes (γελέοντες), la de los pastores (αίγικορεις), la de los artesanos (ἀργαδεις) y la de los soldados (ὄπλητες).

Los demos áticos estaban repartidos entre las tribus de tal suerte que cada una de éstas comprendía un cierto número de ellos en la misma región.

Cada tribu se subdividía, desde el punto de vista religioso y político, en tres fratrias y cada una de éstas, á su vez, en treinta familias ó γένη.

Las fratrias y las familias, al igual de las tribus mismas, tenían sus cultos propios, símbolo de una pretendida filiación natural que enlazaba á cada una de ellas á un antepasado común más ó menos lejano. Claro que toda esta simetría implica una disposición artificial y excluye absolutamente la hipótesis de un organismo espontáneo, surgido de una filiación verdadera. Una vez más nos encontramos con el recuerdo de castas muy antiguas; las tres fratrias de cada tribu llevaban respectivamente los nombres de eupatridas, geomoros y demiurgos, que no respondían ya ciertamente á la realidad de las cosas en el siglo VII. No se advierte tampoco muy bien cómo se relacionaban estas castas

con aquellas que habían establecido la distinción entre las tribus; estos viejos nombres están llenos de misterio para nosotros y nos dejan adivinar apenas una multitud de transformaciones sociales, sobre las que no tenemos ningún dato.

El más sólido de estos grupos, desde el punto de vista de una filiación real, era seguramente el γένος, la familia. Pero en el γένος mismo se distinguió desde luego á los verdaderos descendientes miembros de la familia aristocrática, que era como el núcleo de la muchedumbre de gentes que habían entrado en él indirectamente por un acceso posterior como clientes ó con otros títulos.

Esta división en tribus, fratrias y familias, impregnada aún de las tradiciones de la vida patriarcal, era fundamental en la vida política del siglo VII y no desapareció nunca, por lo demás, completamente, sin dejar por eso de transformarse y de ir perdiendo su importancia política. Aparece ya en los poemas homéricos, donde el adjetivo ἀφρήτωρ, aplicado á un individuo «sin patria», indica un estado de salvajismo y de tosquedad (1). En el canto segundo de la *Iliada*, las palabras φύλον y φρήτριον designan las divisiones del ejército griego (2), evidentemente calcadas sobre las de la ciudad. Es fácil imaginarse lo que estas antiguas divisiones, tradiciona-

(1) *Iliada*, IX, 63.

(2) *Iliada*, II, 362.

les, religiosas y políticas á un mismo tiempo, debían contribuir á mantener el poder de los eupatridas, á quienes todos consideraban como descendientes de los héroes padres de la raza, en los que recaía el cargo hereditario de rendirles culto obligatorio igual que á los dioses protectores.

Junto á la división esencial en tribus, fratrias y familias se encuentra también la mención de agrupaciones de la población en *tritias* y *naucrarias*; pero estos nombres no parecen haber designado más que otro aspecto administrativo de las divisiones fundamentales. Las *tritias*, cuyo nombre según algunos sólo se remonta á Solón, no son probablemente más que las fratrias consideradas desde el punto de vista financiero y militar. De igual modo las *naucrarias*, en número de doce por cada *tritía*, son una agrupación organizada, como su nombre indica, para favorecer la creación de una flota capaz de defender la ciudad contra los piratas ó contra las ciudades enemigas. M. Glotz ha pretendido ingeniosamente demostrar que los feacios de la *Odisea* conocían ya la organización de las *naucrarias*, cosa que no es imposible; cada *naucraria* en Atenas tenía su *pritanio*, investido de poderes administrativos y financieros.

Los cuarenta y ocho *pritanios* de las *naucrarias* constituían una especie de colegio que podía ejercer alguna influencia en ciertos casos. Herodoto llega á decir de ellos que en el siglo VII eran los principales magistra-

dos de la ciudad (1); se trata sin duda de una exageración refutada por el testimonio formal de Tucídides sobre la omnipotencia de los arcontas y por la imagen que Aristóteles nos presenta de aquellos tiempos remotos. Pero puede admitirse que á veces, á título por lo menos de consulta, hayan podido ocupar en la vida política de la ciudad, bajo los arcontas, un lugar tanto más importante, cuanto que no había allí asambleas populares. Todo esto, por lo demás, no disminuye el predominio de la aristocracia, porque es evidente que los *pritanios* de las *naucrarias* debían ser aristócratas al igual de los mismos arcontas.

Una pregunta más embarazosa es la de saber si las cuatro clases de Solón, que se distinguían las unas de las otras por el censo, existían ya. Aristóteles lo afirma expresamente, á menos que la frase en cuestión no haya sido interpolada en el texto (2). Aunque este testimonio aislado haya tropezado en nuestros días con muchos escépticos, acaso haya lugar á aceptarle porque la evaluación de la fortuna de los ciudadanos en cada una de estas clases se fundaba únicamente sobre las rentas agrícolas, cosa que no parece de acuerdo con el estado económico del Atica en tiempo de Solón; el comercio marítimo parece haber alcanzado desde el comien-

(1) Herodoto, V, 71 (á propósito de la muerte de Cylón).

(2) *Const. At.*, 7, 3.

zo del siglo VI bastante importancia para que se diese cabida á las rentas de esta clase en una clasificación que no hubiera sido ya tradicional. En todo caso, si la división en clases existía bajo los eupatridas, es claro que tenía otro sentido que en la constitución de Solón. Acaso se refiriese únicamente á la fijación del impuesto. Acaso también sirviese para excluir de toda participación en los negocios á ciertas clases de ciudadanos, ó para restringir aun entre los nobles el acceso á los más altos cargos. Lo seguro es que no podía tener ninguna significación democrática.

Si Dracón no ha puesto probablemente nunca por escrito la constitución de su tiempo, está, por el contrario, establecido por todos los testimonios que había redactado un código de leyes. Se conoce que la reputación de severidad había dejado ese código en la memoria de los atenienses de los tiempos posteriores. ¿Esta severidad sanguinaria procedía, como se ha afirmado, de que Dracón no había hecho más que recoger viejas prescripciones todavía un tanto bárbaras, ó bien había añadido algo de su cuenta, en conformidad con el espíritu de aquella aristocracia á que pertenecía? Lo que podría hacer creer en esta segunda hipótesis es su aparente acuerdo con lo que se sabe del gobierno de los eupatridas, tan duro é insostenible á la mayoría del pueblo, que dió origen á una revolución.

La condición del Ática en esta época era,

en efecto, miserable. Eso se debe sin duda á las circunstancias económicas y políticas y probablemente también á las costumbres del tiempo.

— La tierra, según Aristóteles, se encontraba en su mayor parte «en manos de un pequeño número (*δὲ ὀλίγων ἔν*). No debe tomarse al pie de la letra esta expresión hiperbólica, ni deducir de ella que hubiese desaparecido toda propiedad mediana ó pequeña. Si hubiese ocurrido así, las clases de Solón no habrían podido funcionar sin un nuevo reparto de tierras, cosa que no tuvo lugar. Lo cierto, sin ninguna duda, es que la gran propiedad, la de los eupatridas, cubría la parte más considerable del suelo ático. Acaso hubiese desaparecido cierto número de pequeñas propiedades de grado ó por fuerza. Pero la verdadera causa de este hecho era más general y más profunda: los jefes de los antiguos clanes, en otro tiempo investidos de un poder real sobre las tierras colectivas del clan, habían poco á poco transformado estas propiedades colectivas en propiedades individuales á medida que el individualismo se desarrollaba en la sociedad, en detrimento de la familia patriarcal, y los reyes de aldea se habían transformado así en poseedores del suelo. Los aldeanos que cultivaban las tierras de los eupatridas se designan con los nombres de *πελάται ὁ ἐκτήμοροι*. El primero de estos dos términos sirve con frecuencia para designar á los clientes de la familia patriarcal; muestra bien el origen probable de

esta categoría de aldeanos con antiguos clientes. El segundo término significa «las gentes de la sexta parte». Se entiende generalmente por eso, según Aristóteles y Plutarco, que pagaban como tributo ó renta la sexta parte de los productos. Debe creerse mejor, con Guiraud, que sólo conservaban para sí la sexta parte. Estas condiciones muy duras les obligaban á adquirir deudas, y como los eupatridas, sus propietarios, eran los señores de los tribunales y además las leyes hechas por éstos eran implacables, se comprende la miseria extremada á que los aldeanos se vieron reducidos. ¿Debe suponerse que estos aldeanos fuesen siervos análogos á los ilotas de Esparta? No hay duda de que no fuesen hombres libres, aunque Aristóteles diga enérgicamente que los pobres eran entonces «esclavos de los ricos» (ἐδούλευον τοῖς πλουσίοις), y que el mismo Solón, en la gran composición yámbica citada por Aristóteles, hable magníficamente de la esclavitud de la tierra á que él dió libertad. Estas sonoras expresiones no deben ilusionarnos. La tierra era la esclava, no los hombres, y la esclavitud de que habla Aristóteles no era más que la servidumbre política de los pobres respecto de los ricos. Nada más frecuente que este género de hipérbolos en el lenguaje político de Grecia. Que hubiese además esclavos empleados en el cultivo de las tierras es indudable; pero no hay que confundirlos con los aldeanos de que se habla aquí. Si los aldeanos hubiesen sido sier-

vos propiamente dichos, sometidos á la gleba, los versos de Solón y los relatos de Aristóteles nos lo habrían dicho expresamente, porque la importancia de las reformas solonianas habría aumentado de un modo singular. Pero, libres en derecho, estaban en realidad en peligro constante de perder la libertad. Cuando no podían pagar sus deudas, lo que debía ser frecuente, eran vendidos como esclavos ú obligados á expatriarse. Sobre este punto poseemos el testimonio irrecusable de Solón, que ha descrito aquella gran miseria en versos admirables impregnados de humana piedad.

— Es muy probable que nunca los pobres hayan sido tan desgraciados en el Ática como lo fueron entonces. El régimen aristocrático fué más duro para ellos que la vieja realeza. Los reyes, elevados sobre todos, podían representar el papel de moderadores entre los intereses y defender en ocasiones la justicia. El eupatrida, propietario, era á la vez juez y parte, y esto en un tiempo en que la fuerza de lo económico desarrollaba en todo un amor inmoderado á la riqueza. En esta época nace el proverbio: χρῆματ' ἀνὴρ, «el dinero hace al hombre», y es sabida la acritud con que el poeta aristocrático Theognis, intérprete de las mismas ideas, expresó el orgullo del noble: avidez del propietario, tiranía del político poderoso en el Estado, espíritu de una sociedad más mercantil que la precedente, todo ello se mezclaba en el eupatrida para hacerle un señor temible para los pobres.

Las cosas llegaron á punto en que las revueltas estallaron; hubo sin duda muchas Jacqueries. Estas furiosas disensiones hicieron peligrar al Estado. Si el pueblo se hubiese confiado á su sola fuerza, luego hubiera sido derrotado por los eupatridas. Pero se había formado una clase nueva, una burguesía comercial, independiente de hecho. A eso es á lo que Aristóteles llama *μεσοι*, la clase media, constituida de las «gentes de la costa», los *paraliens*. Hija del pueblo, era enemiga de los nobles. Las discordias que paralizaban su actividad la hacían sufrir. Con su apoyo dió fuerza á las reivindicaciones populares y obligó á los nobles á tenerlas en cuenta. Entonces fué cuando, de común acuerdo, se hizo un llamamiento á Solón, como al único hombre que pudiese, en tales circunstancias, servir de árbitro para la reintegración de la paz.

## II.—Las reformas de Solón.

El papel de Solón no es siempre fácil de determinar hasta el último detalle. Anécdotas dudosas acogidas sin crítica por los antiguos, ciertas vaguedades sobre las cosas importantes, contradicciones aparentes, inspiran dudas sobre más de un punto; pero, por lo menos, el espíritu general de la reforma queda atestiguado claramente por los versos

del mismo Solón, y el comentario de Aristóteles, en su *Constitución de Atenas*, sin satisfacer todas nuestras curiosidades, da bastante luz sobre el conjunto el testimonio del hombre de Estado. Los modernos han discutido mucho sobre los puntos en litigio. Parece, sin embargo, que si no se quiere averiguar más de lo posible, las grandes líneas de la obra de Solón se presentan con bastante claridad y son, en suma, bastante sencillas, como no podía menos de ocurrir, dada la fecha en que se realizó. Pero digamos algo acerca de hombre tan original y tan perfectamente representativo de las mejores cualidades del espíritu ateniense.

Solón pertenecía á una familia ilustre; no era ni muy rico ni muy pobre. Era un poeta, un gran poeta, de inspiración religiosa y razonadora á la vez; su elocuencia era de ordinario apacible, pero capaz de vehemencia y de gracia ingeniosa. La riqueza y la ponderación de sus facultades se mostraban asimismo en su conducta; este eupatrida, de noble y fina cultura, tenía el espíritu avisado de un hombre de negocios y la clarividencia práctica de un hombre de Estado. También poseía el valor de una gran honradez. Para asegurar plenamente su independencia, emprendió, en primer término, el comercio marítimo, con lo que se aumentó su conocimiento de los hombres y de las cosas, acercándole al partido moderado de las gentes de la costa, marinos y comerciantes; era realmente uno de ellos, activo y moderno, ajeno